IV La acumulación por desposesión

Rosa Luxemburg afirma que la acumulación de capital tiene un carácter dual:

> Como todo proceso histórico concreto, reúne dos aspectos distintos: de un lado, tiene lugar en los sitios de producción del plusvalor: en la fábrica, en la mina, en el mundo agrícola y en el mercado de mercancías. Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, se mueve exclusivamente dentro de los límites del intercambio de mercancías, del cambio de equivalencias. Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clases. El otro aspecto de la acumulación de capital se da entre el capital y las formas de producción no capitalistas. Este proceso se desarrolla en la escena mundial. Aquí reinan, como métodos, la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra... Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión y el pillaje. Por eso cuesta trabajo a veces discernir las leyes rigurosas del proceso económico entre la maraña de violencia y porfías por el poder[1].

---

[1] R. LUXEMBURG, *Die Akkumulation der Kapitalen*, Dresde, Dresdner Volkszeitung, 1912 [ed. cast.: *La acumulación del capital*, México DF, Grijalbo, 1967, p. 351; en la edición más reciente de Orbis-Grijalbo, Barcelona, 1985, esos párrafos figuran en la p. 113 del vol. II].

De acuerdo con sus análisis, estos dos aspectos de la acumulación están «orgánicamente entrelazados» y «la evolución histórica del capitalismo sólo se puede entender considerándolos en su relación mutua».

¿SUBCONSUMO O SOBREACUMULACIÓN?

Luxemburg basa su análisis en una concepción particular de las tendencias a la crisis del capitalismo. El problema, argumenta, es el subconsumo, una escasez general de demanda efectiva que compense el aumento de producción que genera el capitalismo. Esta dificultad se debe a la explotación de los trabajadores, que por definición reciben mucho menos valor para gastar que el que producen, y a que los capitalistas se ven obligados a reinvertir, al menos en parte, en lugar de consumir. Después de examinar las distintas formas en que se podría equilibrar la supuesta diferencia entre oferta y demanda efectiva, Luxemburg concluye que el comercio con formaciones sociales no capitalistas proporciona la única forma eficaz de estabilizar el sistema. Si esas formaciones sociales o territorios se muestran reacias a comerciar, se les debe obligar por la fuerza de las armas (como sucedió con las guerras del opio en China). Ahí reside, en su opinión, la razón principal del imperialismo. Un corolario posible de esa proposición (aunque Luxemburg no lo plantee explícitamente) es que, para que el sistema perdure, los territorios no capitalistas deben permanecer (por la fuerza si es necesario) en esa situación no capitalista. Esto podría explicar las características ferozmente represivas de muchos de los regímenes coloniales durante la segunda mitad del siglo XIX.

Pocos serían los que aceptaran hoy día la teoría luxemburguista del subconsumo como razón de las crisis[2]. La teoría de la sobreacumulación, en cambio, señala como problema fundamental la falta de oportunidades para una inversión rentable. En ciertas ocasiones, una demanda de consumo insuficiente puede ser parte del problema; de ahí la importancia en nuestros días de eso que llaman «confianza de los consumidores» (que consiste en la incapacidad de los compradores compulsivos para mantener guardadas en la cartera o el bolso sus tarjetas de crédito) como indicador de la fuerza y estabilidad de la economía. El desajuste que Luxemburgo creía apreciar se puede cerrar fácilmente mediante la reinversión que genera su propia demanda de bienes de capital y otros *inputs*. Y, como hemos visto en el caso de las soluciones espacio-temporales, la expansión geográfica del capitalismo que subyace bajo gran parte de la actividad imperialista contribuye a la estabilización del sistema precisamente porque genera demanda, tanto de inversión como de bienes de consumo, en otros lugares. Evidentemente pue-

[2] Véanse, por ejemplo, M. BLEANEY, *Underconsumption Theories*, Londres, Methuen, 1976; A. BREWER, *Marxist Theories of Imperialism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980.

den surgir desequilibrios entre sectores o regiones y producirse ciclos económicos y recesiones localizadas. Pero también es posible acumular aunque la demanda efectiva se estanque si el coste de los *inputs* (tierra, materias primas, productos intermedios, fuerza de trabajo) disminuye significativamente. Para mantener abiertas oportunidades rentables es, por consiguiente, tan importante el acceso a *inputs* más baratos como el acceso a nuevos mercados, de lo que se desprende la necesidad de obligar a los territorios no capitalistas no sólo a comerciar (lo que efectivamente ayuda), sino también a permitir la inversión de capital en operaciones rentables utilizando fuerza de trabajo, materias primas, tierra, etc., más baratos. La tendencialidad de la lógica capitalista de poder no apunta a mantener determinados territorios al margen del desarrollo capitalista, sino todo lo contrario. Desde este punto de vista la represión colonial que indudablemente tuvo lugar a finales del siglo XIX debe interpretarse en realidad como un fracaso, ya que la lógica territorial bloqueó la lógica capitalista. El temor a la emulación condujo a Gran Bretaña, por ejemplo, a evitar que la India desarrollara una vigorosa dinámica capitalista, y frustró así las posibilidades de soluciones espacio-temporales en aquella región. La dinámica abierta de la economía atlántica hizo más por Gran Bretaña que la represión con que mantuvo su imperio colonial en la India, de la que ciertamente extraía abundantes excedentes pero que nunca se aprovechó como un campo importante para el despliegue del capital excedente británico. Por la misma razón, fue la dinámica abierta del comercio atlántico la que creó la posibilidad del desplazamiento de Gran Bretaña por Estados Unidos como potencia hegemónica global. Si Arendt tiene razón y la acumulación incesante de capital requiere una acumulación incesante de poder político, resulta imposible evitar tales transiciones, y cualquier intento en tal sentido conducirá al desastre. La formación de imperios cerrados tras la Primera Guerra Mundial desempeñó probablemente un importante papel en la incapacidad para resolver el problema de sobreacumulación de la década de los treinta y preparó el terreno para los conflictos territoriales de la Segunda Guerra Mundial. La lógica territorial dominó y frustró la lógica capitalista, llevándola a una crisis casi terminal por mor de un conflicto territorial.

El peso de las pruebas histórico-geográficas ofrecidas por el siglo XX corrobora en general la tesis de la sobreacumulación. Aun así, en la formulación de Luxemburg hay muchos aspectos interesantes. Ante todo, la idea de que el capitalismo debe tener siempre algo «fuera» para estabilizarse es digna de estudio, particularmente porque se hace eco de la concepción de Hegel, de la que nos ocupamos en el capítulo 3, de una dialéctica interna del capitalismo que le obliga a buscar soluciones externas. Considérese, por ejemplo, la argumentación de Marx con respecto a la creación de un ejército de reserva industrial[3]. La acumulación de capital, en ausencia de fuertes corrientes de

[3] K. MARX, *El capital*, libro I, t. 3, cap. 23.3, Madrid, Ediciones Akal, 2000, pp. 91 ss.

cambio tecnológico capaz de ahorrar trabajo, requiere un aumento continuo de la fuerza de trabajo. Esto puede lograrse de varias maneras. El incremento de la población es importante (y la mayoría de los analistas olvidan las reflexiones de Marx sobre esa cuestión). El capital también puede incorporar «reservas latentes» procedentes del campesinado, o bien movilizar fuerza de trabajo barata existente en las colonias o favorecer la inmigración de trabajadores peor pagados. Si estos mecanismos fallan, también puede utilizar sus recursos para inducir cambios tecnológicos y su capacidad de inversión para provocar desempleo, creando así directamente un ejército industrial de reserva. Este desempleo ejerce una presión a la baja sobre los salarios y abre así nuevas oportunidades para una inversión rentable del capital. Ahora bien, en todos estos casos el capitalismo requiere efectivamente que haya algo «fuera» para poder acumular, pero en el último lo que hace es arrojar a trabajadores fuera del sistema en determinado momento a fin de tenerlos disponibles para la acumulación en un momento posterior. Dicho en el lenguaje de la actual teoría política posmoderna, podríamos decir que el capitalismo crea necesariamente (siempre) su propio «otro». La idea de que algún tipo de «exterior» es necesario para la estabilización del capitalismo tiene por consiguiente cierta importancia. Pero el capitalismo puede hacer uso de algún exterior preexistente (formaciones sociales no capitalistas o algún sector en el propio capitalismo –como la educación– todavía no proletarizado) o puede fabricarlo activamente. En lo que sigue propongo tomar muy en serio esta dialéctica «interior-exterior». Examinaré cómo la «relación orgánica» entre la reproducción ampliada, por un lado, y lo que es a menudo un violento proceso de desposesión, por otro, ha configurado la geografía histórica del capitalismo. Esto nos ayudará a comprender mejor cómo opera la forma capitalista de imperialismo.

Arendt, curiosamente, ofrece un análisis parecido. Las depresiones de las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XIX en Gran Bretaña, en su opinión, propulsaron el inicio de una nueva forma de imperialismo:

> La expansión imperialista fue provocada por un tipo curioso de crisis económica, la sobreproducción de capital y el surgimiento de dinero «superfluo», resultado del exceso de ahorro, que no podía encontrar ya inversiones productivas dentro de las fronteras nacionales. Por primera vez, la inversión de poder no preparó el camino para la inversión de dinero, sino que siguió dócilmente la vía abierta por el dinero exportado, ya que las inversiones no controladas en países distantes amenazaban con transformar grandes franjas de la sociedad en jugadores y el conjunto de la economía capitalista en un sistema de especulación financiera, sustituyendo las ganancias de la producción por los beneficios obtenidos en concepto de comisiones. Durante la década inmediatamente anterior a la era imperialista, la de los setenta del siglo XIX, se produjo un incremento sin parangón de escándalos financieros y de especulación en el mercado de valores.

Este escenario nos suena muy familiar contemplando las experiencias de las décadas de los ochenta y los noventa. Pero la descripción de Arendt de la respuesta burguesa es aún más llamativa. La burguesía se percató «por primera vez de que el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible "la acumulación original de capital" (Marx) y había impulsado la acumulación subsiguiente, tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando»[4].

El proceso que Marx, siguiendo a Adam Smith, llamó acumulación «primitiva» u «originaria», constituye en opinión de Arendt una fuerza importante y permanente en la geografía histórica de la acumulación de capital mediante el imperialismo. Como en el caso de la oferta de fuerza de trabajo, el capitalismo siempre requiere un fondo exterior de activos para afrontar y superar las presiones de la sobreacumulación. Si tales activos, como una tierra «vacía» o nuevas fuentes de materias primas, no están disponibles, el capitalismo debe producirlos de algún modo. Marx, sin embargo, sólo considera esa posibilidad en el caso de la creación de un ejército de reserva industrial mediante el desempleo inducido tecnológicamente. Es interesante considerar por qué.

Las reticencias de Marx

La teoría general de Marx sobre la acumulación de capital parte de ciertas hipótesis cruciales, que poco más o menos equivalen a las de la economía política clásica: mercados competitivos que funcionan libremente con dispositivos institucionales de propiedad privada, individualismo jurídico y libertad contractual, más las correspondientes estructuras jurídicas y gubernamentales garantizadas por un Estado «facilitador» que también asegura la estabilidad del dinero como depósito de valor y medio de circulación. El papel del capitalista como sujeto que produce e intercambia mercancías está ya bien asentado, y la fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía que, en general, se compra y se vende por su precio de mercado. La acumulación «primitiva» u «original» ha quedado atrás y la acumulación tiene lugar ahora como reproducción ampliada (aunque mediante la explotación del trabajo vivo en la producción), en condiciones de «paz, propiedad e igualdad». Estas hipótesis nos permiten entrever qué ocurriría si se materializara el proyecto liberal de la economía política clásica, que equivale en nuestra época al proyecto neoliberal. El eficaz método dialéctico de Marx, como señala entre otros Luxemburg, permite mostrar que la liberalización del mercado –el credo de liberales y neoliberales– no producirá un sociedad armoniosa en la que todos prosperen, sino, por el contrario, niveles cada vez mayores de desigualdad social (como ha sucedido de hecho durante los últimos treinta años de neoliberalismo, particular-

[4] H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, pp. 15 y 28.

mente en los países que, como Gran Bretaña y Estados Unidos, se han mostrado más partidarios de semejante línea política). También provocará, predecía Marx, serias y crecientes inestabilidades que conducirán a crisis crónicas de sobreacumulación (como la que estamos atravesando ahora).

El inconveniente de estas hipótesis es que relegan la acumulación basada en la depredación, el fraude y la violencia a una «etapa original» ya superada o que se considera, como en el caso de Luxemburg, algo «exterior» al capitalismo como sistema cerrado. Una reevaluación general del papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación «primitiva» u «originaria» en la amplia geografía histórica de la acumulación de capital es, por lo tanto, muy necesaria, como han observado recientemente varios autores[5]. Dado que no parece muy adecuado llamar «primitivo» u «original» a un proceso que se halla vigente y se está desarrollando en la actualidad, en lo que sigue sustituiré estos términos por el concepto de «acumulación por desposesión».

LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

Un examen más detallado de la descripción marxiana de la acumulación primitiva[6] revela un amplio abanico de procesos, que incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión por la fuerza de las poblaciones campesinas; la conversión de varios tipos de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos de propiedad privada exclusivos; la supresión del acceso a bienes comunales; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de formas alternativas (indígenas) de producción y consumo; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de bienes (incluidos los recursos naturales); la monetarización del intercambio y los impuestos, en particular sobre la tierra; la trata de esclavos; y la usura, la deuda nacional y más recientemente el sistema de crédito. El Estado, con su monopolio de la violencia y su definición de la legalidad, desempeña un papel decisivo en el respaldo y promoción de estos procesos y, como argumenté en el capítulo 3, hay abundantes pruebas de que la transición al desarrollo capitalista fue y sigue siendo vitalmente dependiente de la actitud del Estado. El papel desarrollista del Estado tiene una larga historia, manteniendo las lógicas territorial y capitalista del poder siempre entrelazadas, aunque no necesariamente concordantes.

---

[5] M. PERELMAN, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*, Durham (NC), Duke University Press, 2000. También hay un amplio debate en *The Commoner* sobre los nuevos cercamientos y si la acumulación primitiva debe entenderse como un proceso puramente histórico o todavía en auge. DeAngelis (http://homepages.uel.ac.uk/M.DeAngelis) ofrece un buen resumen.

[6] K. Marx, *El capital*, cit., libro I, t. 3, cap. 24.2, pp. 201 ss.

Todas las características de la acumulación primitiva mencionadas por Marx han seguido poderosamente presentes en la geografía histórica del capitalismo hasta el día de hoy. Durante las tres últimas décadas se ha acelerado el desplazamiento de poblaciones campesinas y la formación de un proletariado sin tierra en países como México y la India; muchos recursos que antes eran de propiedad comunal, como el agua, están siendo privatizados (con frecuencia bajo la presión del Banco Mundial) y sometidos a la lógica de la acumulación capitalista; desaparecen formas de producción y consumo alternativas (indígenas o incluso de pequeña producción, como en el caso de Estados Unidos); se privatizan industrias nacionalizadas; las granjas familiares se ven desplazadas por las grandes empresas agrícolas; y la esclavitud no ha desaparecido (en particular en el comercio sexual).

El estudio crítico efectuado durante años de la teoría marxista de la acumulación primitiva –que en cualquier caso era más un esbozo que una exploración sistemática– me ha llevado a plantear la necesidad de colmar ciertas lagunas. El proceso de proletarización, por ejemplo, implica una combinación de coerción y apropiación de habilidades, conocimientos, creencias, hábitos de pensamiento y relaciones sociales precapitalistas de quienes están siendo proletarizados. También desempeñan un papel las estructuras de parentesco, los modelos de organización de las estructuras domésticas y familiares, así como las relaciones de género y autoridad (incluidas las ejercidas mediante la religión y sus instituciones). En ciertos casos las estructuras preexistentes han de ser violentamente reprimidas al no encontrar cabida en el comportamiento de la fuerza de trabajo bajo el capitalismo, pero numerosos estudios muestran que también se intenta integrarlas con la finalidad de alcanzar cierto consenso en lugar de utilizar la pura coerción para constituir a la clase obrera. La acumulación primitiva, en resumen, supone la apropiación e integración de logros culturales y sociales preexistentes además de la confrontación y sustitución. Las condiciones de la formación de la clase obrera y de su lucha varían ampliamente, y en cierto sentido, como decía E. P. Thompson, la clase obrera «se hace a sí misma», aunque nunca, claro está, en las condiciones elegidas por ella[7]. De forma que en ella quedan a menudo quedan vestigios de las relaciones sociales precapitalistas y eso da lugar a diferenciaciones geográficas, históricas y antropológicas. Por universal que sea el proceso de proletarización, el resultado no es la creación de un proletariado homogéneo[8].

---

[7] E. P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1999].

[8] Las etnografías recientes de la proletarización, muchas de las cuales destacan la importancia de las cuestiones de género, ilustran convincentemente esa diversidad. Véanse, por ejemplo, A. ONG, *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline: Factory Women in Malaysia*, Albany, State University of New York Press, 1987; C. FREEMAN, *High Tech and High Heels in the Global Economy*, Durham (NC), Duke University Press, 2000; C. K. LEE, *Gender and the South China Miracle: Two Worlds of Factory Women*, Berkeley, University of California Press, 1998.

Algunos de los mecanismos de la acumulación primitiva en los que insistió Marx se han afinado para desempeñar un papel aún más importante que en el pasado. El sistema de crédito y el capital financiero se han convertido, como señalaron Lenin, Hilferding y Luxemburg a comienzos del siglo XX, en palancas importantes de depredación, fraude y robo. La gran oleada de financiarización iniciada en torno a 1973 ha sido igualmente espectacular en cuanto a su carácter especulativo y depredador. Las promociones fraudulentas de títulos, los esquemas piramidales de Ponzi, la destrucción deliberada de activos mediante la inflación y su volatilización por mor de fusiones y absorciones, y el fomento de niveles de endeudamiento que reducen a poblaciones enteras, hasta en los países capitalistas avanzados, a la servidumbre por deudas, por no decir nada de los fraudes empresariales y la desposesión de activos (el saqueo de los fondos de pensiones y su quebranto en los colapsos bursátiles y empresariales) mediante la manipulación del crédito y las cotizaciones, son todos ellos rasgos intrínsecos del capitalismo contemporáneo. El colapso de Enron desposeyó a muchos trabajadores de su medio de vida y su derecho a una pensión; pero ha sido sobre todo el asalto especulativo llevado a cabo por los *hedge funds* y otras instituciones destacadas del capital financiero el que se ha llevado la palma de la acumulación por desposesión en los últimos tiempos.

También se han creado nuevos mecanismos de acumulación por desposesión. La insistencia en los derechos de propiedad intelectual en las negociaciones de la OMC (el llamado acuerdo TRIPS) indica cómo se pueden emplear ahora las patentes y licencias de material genético, plasma de semillas y muchos otros productos contra poblaciones enteras cuyas prácticas han desempeñado un papel decisivo en el desarrollo de esos materiales. Crece la biopiratería y el pillaje de la reserva mundial de recursos genéticos en beneficio de media docena de grandes empresas farmacéuticas. La mercantilización de la naturaleza en todas sus formas conlleva una escalada en la merma de los bienes hasta ahora comunes que constituyen nuestro entorno global (tierra, agua, aire) y una creciente degradación del hábitat, bloqueando cualquier forma de producción agrícola que no sea intensiva en capital. La mercantilización de diversas expresiones culturales, de la historia y de la creatividad intelectual conlleva desposesiones integrales (la industria de la música descuella como ejemplo de la apropiación y la explotación de la cultura y creatividad populares). La empresarización y privatización de instituciones hasta ahora públicas (como las universidades), por no mencionar la oleada de privatizaciones del agua y otros bienes públicos de todo tipo que recorre el mundo, supone una reedición a escala gigantesca del cercado de las tierras comunales en la Europa de los siglos XV y XVI. Como entonces, se vuelve a utilizar el poder del Estado para impulsar estos procesos contra la voluntad popular. El desmantelamiento de los marcos reguladores destinados a proteger a los trabajadores y al medio ambiente de la degradación ha supuesto la pérdida de derechos duramente alcanzados. La cesión al dominio privado de los derechos de propiedad comunales obtenidos tras largos años de encarnizada lucha de

clases (el derecho a una pensión pública, al bienestar, a la sanidad pública nacional) ha sido una de las fechorías más sobresalientes de los planes de desposesión emprendidos en nombre de la ortodoxia neoliberal.

El capitalismo internaliza prácticas caníbales, depredadoras y fraudulentas, pero, como observó perspicazmente Luxemburg, «cuesta trabajo a veces discernir las leyes rigurosas del proceso económico entre la maraña de violencia y porfías por el poder». La acumulación por desposesión puede tener lugar de muchas formas diferentes, y en su *modus operandi* hay mucho de contingente y fortuito.

¿Cómo contribuye a resolver el problema de sobreacumulación la acumulación por desposesión? Existe sobreacumulación, recordemos, cuando excedentes de capital (acompañados a veces por excedentes de fuerza de trabajo) permanecen ociosos sin que se vislumbren salidas rentables. El hecho determinante, en cualquier caso, es el excedente de capital. Lo que posibilita la acumulación por desposesión es la liberación de un conjunto de activos (incluida la fuerza de trabajo) a un coste muy bajo (y en algunos casos nulo). El capital sobreacumulado puede apoderarse de tales activos y llevarlos inmediatamente a un uso rentable. La acumulación primitiva, tal como la describió Marx, suponía apoderarse de la tierra, por ejemplo, cercándola, y expulsar a sus habitantes para crear un proletariado sin tierra, introduciendo esta última posteriormente en el circuito privado de la acumulación de capital. Durante los últimos años, la privatización (por ejemplo, en Gran Bretaña, de viviendas sociales, las telecomunicaciones, los transportes, el agua, etc.) ha abierto igualmente vastas áreas en las que puede introducirse el capital sobreacumulado. El colapso de la Unión Soviética y la apertura de China supusieron una cesión masiva de activos, hasta entonces no disponibles, al circuito de acumulación de capital. ¿Qué habría sucedido con el capital sobreacumulado durante estos últimos treinta años si no se hubieran abierto estas nuevas áreas de acumulación? Dicho de otra forma, si el capitalismo ha venido experimentando un problema crónico de sobreacumulación desde 1973, el proyecto neoliberal de privatización universal cobra mucho sentido como intento de solucionarlo. Otra solución consistiría en aportar al sistema materias primas baratas (como el petróleo), con lo que se reducirían los costes de producción, elevándose los beneficios. Como dijo el barón de la prensa Robert Murdoch, la solución a los males económicos actuales es petróleo a 20 dólares el barril en lugar de 30 o más. No es, pues, de extrañar que todos los periódicos de Murdoch apoyaran con entusiasmo la guerra contra Iraq[9].

El mismo objetivo puede lograrse, no obstante, mediante la devaluación de los activos existentes de capital y fuerza de trabajo. El capital sobreacumulado puede entonces comprar a precios de saldo los bienes de capital devaluados y reciclarlos rentablemente; pero eso requiere una devaluación previa, lo que significa una crisis de cierta ampli-

[9] D. KIRKPATRICK, «Mr Murdoch's War», *The New York Times* (7 de abril de 2003), p. C1.

tud. Las crisis se pueden organizar, gestionar y controlar para racionalizar el sistema, y esto es lo que tratan de conseguir los programas de austeridad administrados por el Estado, haciendo uso de palancas clave como los tipos de interés y el sistema de crédito. Se pueden imponer por la fuerza crisis limitadas en determinado sector o determinado territorio o complejo territorial de actividad capitalista, como acostumbra a hacer con tanta soltura el sistema financiero internacional (encabezado por el FMI) respaldado por un poder estatal superior (como el de Estados Unidos). El resultado es la creación periódica en determinados lugares de un conjunto de activos devaluados, y en muchos casos muy devaluados, de los que puede hacer un uso rentable el exceso de capital que carece de oportunidades en otros sitios. R. Wade y F. Veneroso captan la esencia de este proceso en su descripción de la crisis asiática de 1997-1998:

> Las crisis financieras siempre han provocado transferencias de propiedad y poder a quienes mantenían intactos sus propios activos y estaban en condiciones de ofrecer crédito, y la crisis asiática no es una excepción [...], no hay duda de que las grandes empresas occidentales y japonesas son las más beneficiadas [...]. La combinación de devaluaciones masivas, liberalización financiera impulsada por el FMI y recuperación facilitada por esa misma institución puede llegar a precipitar la mayor transferencia de activos producida en tiempos de paz durante los últimos cincuenta años de manos de propietarios domésticos a manos de otros extranjeros, dejando pequeñas las transferencias efectuadas a propietarios estadounidenses en toda América Latina durante la década de los ochenta o en México después de 1994. Cabe recordar la afirmación atribuida a Andrew Mellon: «En una depresión los activos vuelven a sus verdaderos propietarios»[10].

Las crisis regionales y las devaluaciones precisamente localizadas aparecen como mecanismos primordiales para la creación por el capitalismo de un «otro» del que nutrirse. Las crisis financieras del este y sureste de Asia en 1997-1998 fueron un ejemplo típico[11]. La analogía con la creación de un ejército industrial de reserva despidiendo a los trabajadores no puede ser más exacta: activos valiosos son apartados de la circulación y devaluados; permanecen inactivos y aletargados hasta que el capital excedente se apodera de ellos para aportar nueva vida a la acumulación de capital. El peligro, no obstante, es que tales crisis puedan descontrolarse y generalizarse, o que el proceso de

---

[10] R. WADE y F. VENEROSO, «The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex», *New Left Review* 228 (1998), pp. 3-23.

[11] *Ibid.* Véanse otros análisis de la crisis en Henderson, «Uneven Crises...», cit.; Johnson, *Blowback...*, cit., «Focus on East Asia after the Crisis», cap. 9 y el número especial de *Historical Materialism* 8 (2001), en particular P. BURKETT y M. HART-LANDSBERG, «Crisis and Recovery in East Asia: The Limits of Capitalist Development», pp. 3-48.

generación de ese «otro» provoque una rebelión contra el sistema que la promueve. Una de las funciones principales de la intervención estatal y de las instituciones internacionales consiste en organizar las devaluaciones de forma que permitan la acumulación por desposesión sin provocar un colapso general; ésa es la finalidad de los programas de ajuste estructural administrados por el FMI. Para las grandes potencias capitalistas, como Estados Unidos, ello significa orquestar estos procesos en su propio beneficio, pretendiendo al mismo tiempo aparecer como un noble líder que organiza «rescates» (como en México en 1994) para mantener en funcionamiento la acumulación global de capital. Pero en cualquier juego especulativo existe un riesgo de pérdidas: el repentino y evidente pánico del Tesoro estadounidense y del FMI en diciembre de 1998, después de que Rusia, que no tenía nada que perder, se hubiera declarado por las buenas en quiebra, y cuando pareció que la economía de Corea del Sur (tras varios meses de duras negociaciones) estaba a punto de hundirse y provocar posiblemente una reacción en cadena global, ilustra lo cerca del abismo que pueden llevar tales formas de cálculo[12].

La combinación de coerción y consentimiento en tales negociaciones puede variar considerablemente, pero ahora podemos ver más claramente cómo se construye la hegemonía mediante los mecanismos financieros, de forma que beneficie a la potencia hegemónica y conduzca a los países subalternos por la supuesta vía dorada del desarrollo capitalista. El cordón umbilical que vincula la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada queda a cargo del capital financiero y las instituciones de crédito, respaldados, como siempre, por poderes estatales.

LA CONTINGENCIA DE TODO

¿Cómo podemos desvelar entonces las leyes de hierro entre las contingencias de la acumulación por desposesión? Sabemos, claro está, que a cierto nivel ésta opera permanentemente y puede adoptar muchas formas, tanto legales como ilegales. Consideremos por ejemplo el mecanismo del mercado de la vivienda estadounidense conocido como *flipping*. Se compra una casa en mal estado prácticamente por nada, se le hacen algunas mejoras cosméticas y luego se vende a un precio exorbitante, con ayuda de una hipoteca negociada por el vendedor, a una familia de bajos ingresos que pretende realizar su sueño de poseer una casa. Si esa familia tiene dificultades para satisfacer los

[12] Véase el convincente análisis de Peter GOWAN en *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*, Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *La apuesta de la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Cuestiones de Antagonismo 6, Madrid, Ediciones Akal, 2000].

pagos de la hipoteca o para afrontar los serios problemas de mantenimiento que surgen casi siempre, pierde la casa. Esto no es exactamente ilegal (¡ténganlo en cuenta los compradores!), pero de esa forma se estafa a familias de bajos ingresos y se las desposee de cualesquiera ahorros que pudieran haber reunido. Se trata de acumulación por desposesión. Existen innumerables actividades (legales e ilegales) de este tipo que afectan al control de los activos por una clase y no por otra.

Pero ¿cómo, cuándo y por qué emerge la acumulación por desposesión de ese estado genérico para convertirse en forma dominante de acumulación con respecto a la reproducción ampliada? Esto tiene que ver en parte con la aparición de crisis en esta última; pero también refleja los intentos de determinados empresarios y Estados desarrollistas de «incorporarse al sistema» y buscar directamente los beneficios de la acumulación de capital.

Cualquier territorio o formación social que es incorporado o que se inserta en la lógica del desarrollo capitalista debe experimentar cambios estructurales, institucionales y legales de gran alcance del tipo de los que Marx describe bajo la denominación de acumulación primitiva. El colapso de la Unión Soviética planteó precisamente ese problema. El resultado fue un episodio salvaje de acumulación primitiva bajo el nombre de «terapia de choque», aconsejada por las potencias capitalistas y las instituciones internacionales. La devastación social fue inmensa, pero la redistribución de activos como consecuencia de la privatización y las reformas de mercado fue al mismo tiempo desequilibrada y no muy efectiva en cuanto al tipo de actividad inversora que surge típicamente en la reproducción ampliada. Más recientemente el viraje hacia el capitalismo, dirigido por el Estado, que se ha producido en China ha provocado una oleada tras otra de acumulación primitiva. Empresas estatales y municipales hasta ahora viables en torno a Shanghai (que suministraban componentes a industrias importantes del área metropolitana) se han visto obligadas en los últimos tiempos a cerrar o han sido privatizadas, deteriorando así el bienestar social y las expectativas de pensiones y creando una enorme reserva de trabajadores desempleados y empobrecidos. Esto ha hecho al resto de las empresas chinas mucho más competitivas en los mercados mundiales, pero a expensas de la devaluación y destrucción de modos de ganarse la vida anteriormente viables. Aunque los informes siguen siendo escasos, el resultado parece haber sido una gran conflictividad social localizada y episodios feroces de lucha de clases, a veces violenta, en las áreas arrasadas por ese proceso[13].

La acumulación por desposesión se puede interpretar en este caso como el coste necesario de un avance exitoso hacia el desarrollo capitalista con el fuerte respaldo de

---

[13] E. ECKHOLM, «Where Workers, Too, Rust, Bitterness Boils Over», *The New York Times* (20 de marzo de 2002), p. A4; E. ROSENTHAL, «Workers' Plight Brings New Militancy to China», *The New York Times* (10 de marzo de 2003), p. A8.

los poderes estatales. Las motivaciones pueden ser internas (como en el caso de China) o impuestas desde el exterior (como en el caso del desarrollo neocolonial en zonas de fabricación y exportación del sureste de Asia o en los planes de reforma estructural que la Administración de Bush pretende ahora poner como condición a la concesión de ayudas a los países pobres). En la mayoría de los casos se da cierta combinación de motivaciones internas y presiones externas. México, por ejemplo, abandonó su ya débil protección de las poblaciones campesinas e indígenas en la década de los ochenta, en parte bajo la presión de su vecino del norte para que adoptara prácticas de privatización neoliberales a cambio de la ayuda financiera y la apertura del mercado estadounidense al comercio a través del ALCAN. Incluso cuando la motivación parece predominantemente interna, las condiciones externas también influyen. La normativa de la OMC hace ahora más fácil a China incorporarse al sistema capitalista global que durante la década de los treinta, cuando prevalecía la autarquía en imperios cerrados, o incluso en la de los sesenta, cuando el sistema de Bretton Woods dominado por los Estados mantenía bajo estricto control los flujos de capital. Las condiciones posteriores a 1973 –como reverso de lo que pretendían las presiones estadounidenses en favor de la apertura de los mercados– han sido mucho más favorables para cualquier país o complejo regional que deseara insertarse en el sistema capitalista global; de ahí el rápido ascenso de territorios como Singapur, Taiwan, Corea del Sur y algunas otras regiones y países recientemente industrializados. Este aumento de oportunidades trajo oleadas de desindustrialización a gran parte del mundo capitalista avanzado (y más allá, como vimos en el capítulo 3), al mismo tiempo que hacía a los países recientemente industrializados, como en la crisis de 1997-1998, más vulnerables a los movimientos del capital especulativo, la competencia espacio-temporal y nuevas oleadas de acumulación por desposesión. Así se genera y expresa la volatilidad del capitalismo internacional.

Las devaluaciones sufridas durante las crisis arruinan con frecuencia el bienestar social y las instituciones sociales en general. Al endurecerse el sistema de crédito y disminuir la liquidez, las empresas se ven obligadas a cerrar. Los propietarios no pueden seguir haciendo uso de sus bienes y tienen que venderlos a bajo precio a capitalistas que cuentan con la liquidez suficiente para apoderarse de ellos. Pero las circunstancias varían mucho. Los desplazamientos que tuvieron lugar como consecuencia de la gran sequía de la década de los treinta y la emigración en masa de gentes de Oklahoma a California (descrita tan dramáticamente en la novela de Steinbeck *Las uvas de la ira*) iniciaron en Estados Unidos un largo proceso de sustitución gradual de las granjas familiares por grandes empresas agrícolas. La palanca principal para este tipo de transición ha sido siempre el sistema de crédito, pero quizá el aspecto más interesante es el papel subversivo desempeñado por múltiples instituciones estatales, establecidas aparentemente para ayudar a preservar las granjas familiares, pero que en realidad han servido para facilitar la transición que supuestamente debían evitar.

La acumulación por desposesión se agudizó cada vez más desde 1973, en parte para intentar compensar los problemas crónicos de sobreacumulación surgidos en la reproducción ampliada. El mecanismo principal de este proceso fue la financiarización y la puesta en pie, principalmente por Estados Unidos, de un sistema financiero internacional que pudiera, de vez en cuando, emprender acometidas más o menos severas de devaluación y acumulación por desposesión contra ciertos sectores y hasta territorios enteros. Pero también desempeñó un papel la apertura de nuevos territorios al desarrollo capitalista y a formas capitalistas de mercado, como en la acumulación primitiva que tuvo lugar en los países que trataban de insertarse en el capitalismo global como agentes activos (Corea del Sur, Taiwan y ahora también, aún más espectacularmente, China). Para todo ello se precisaba no sólo la financiarización y un comercio más libre, sino un planteamiento radicalmente diferente de la aplicación del poder estatal, que siempre ha sido un agente destacado en la acumulación por desposesión. El auge de la teoría neoliberal y su política de privatizaciones representaba precisamente esta transformación.

LA PRIVATIZACIÓN, PRINCIPAL INSTRUMENTO DE LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

El neoliberalismo como doctrina de economía política se remonta a finales de la década de los treinta. Radicalmente opuesto al comunismo, al socialismo y a cualquier forma de intervención activa del gobierno más allá de la necesaria para proteger la propiedad privada, las instituciones de mercado y la actividad empresarial, en sus comienzos se trató de un corpus de pensamiento aislado y en gran medida ignorado que fueron configurando activamente durante la década de los cuarenta pensadores como von Hayek, Ludvig von Mises, Milton Friedman y, al menos durante un tiempo, Karl Popper. Como predijo prescientemente von Hayek, tuvo que pasar toda una generación para que las opiniones neoliberales se hicieran dominantes. Se recibieron fondos de empresas simpatizantes para la financiación de *think-tanks* muy selectos que fueron produciendo un flujo continuo y creciente de análisis, escritos, polémicas y declaraciones políticas durante las décadas de de los sesenta y los setenta; pero en esa época todavía se trataba de una corriente poco relevante y hasta desdeñada por la tendencia predominante. No se empezó a tomar en serio como alternativa al keynesianismo y otros planteamientos favorables a la intervención del Estado hasta mediados de la década de los setenta, cuando se hizo patente la crisis general de sobreacumulación. Y fue Margaret Thatcher quien, necesitada de un marco teórico más adecuado para afrontarla, recurrió a los *think-tanks* neoliberales en busca de inspiración y consejo tras su elección en 1979[14]. Junto

[14] D. YERGIN, J. STANISLAW y D. TERGIN, *The Commanding Heights: The Battle Between Government and Market Place that is Remaking the Modern World*, Nueva York, Simon & Schuster, 1999.

con Reagan, transformó toda la orientación de la actividad estatal, apartándola del Estado del bienestar y dirigiéndola hacia el apoyo activo a las medidas de «promoción de la oferta» para la acumulación de capital. El FMI y el Banco Mundial cambiaron sus marcos de actuación casi de la noche a la mañana, y al cabo de pocos años la doctrina neoliberal había completado una victoriosa marcha a través de las instituciones hasta dominar el panorama político, primero en el mundo anglo-estadounidense y luego también en gran parte de Europa y del mundo. Con la privatización y liberalización del mercado como divisa, el movimiento neoliberal logró convertir en objetivo de la política estatal una nueva ronda de «cercamiento de los bienes comunales». Los bienes públicos en poder del Estado fueron lanzados al mercado para que el capital sobreacumulado pudiera invertir en ellos, reformarlos y especular con ellos. Así se abrieron nuevas áreas de actividad rentable, y eso contribuyó a mitigar el problema de la sobreacumulación, al menos durante un tiempo. Pero, una vez en movimiento, estas iniciativas suscitaron terribles presiones para hallar cada vez más áreas, en el propio país o en el extranjero, a las que poder aplicar la privatización.

En el caso de Thatcher, uno de los primeros patrimonios privatizados fueron las abundantes viviendas sociales. Al principio parecía como un regalo a las clases bajas, que podían pasar del alquiler a la propiedad con un coste relativamente bajo, obtener el control sobre un activo valioso y aumentar así su riqueza. Pero, una vez llevada a cabo la transferencia, se disparó la especulación inmobiliaria, sobornando o engatusando a la población de bajos ingresos para desplazarla hacia la periferia en ciudades como Londres, y convirtiendo lo que antes habían sido barrios predominantemente obreros en centros de intensa elitización. La escasez de viviendas baratas produjo un notable incremento del número de los sin techo y de la anomia social en muchos entornos urbanos. En Gran Bretaña, la subsiguiente privatización de instalaciones (agua, telecomunicaciones, electricidad, energía, transportes), la venta de casi todas las empresas de propiedad pública y la reconfiguración de muchas otras instituciones –como las universidades– adaptándolas a una lógica empresarial significaron una transformación radical en el modelo dominante de relaciones sociales y una redistribución de activos que favorecía cada vez más a las clases superiores.

La misma pauta de redistribución de activos se puede constatar en casi todos los países donde se produjo la privatización. El Banco Mundial quiso hacer de Sudáfrica después del *apartheid* un ejemplo de la gran eficiencia que se podía conseguir mediante la privatización y liberalización del mercado. Promovió, por ejemplo, la privatización del agua o la «recuperación del coste total» de las instalaciones de propiedad municipal. Los consumidores tenían que pagar por el agua que utilizaban, en lugar de recibirla gratuitamente. Según la teoría predicada, los ingresos más elevados permitirían a los organismos responsables obtener beneficios y extender sus servicios. Pero, por el contrario, se le cortó el servicio a cada vez más gente, incapaz de afrontar los pagos, y para contrarrestar las pérdidas las empresas elevaron los precios, haciendo el agua cada vez más

inaccesible para la población de bajos ingresos. Cuando ésta se vio obligada a recurrir a otras fuentes de abastecimiento, se produjo una epidemia de cólera en la que murió mucha gente. El objetivo proclamado (suministrar agua a todo el mundo) era inalcanzable con los medios propuestos. Extensos estudios sobre Sudáfrica realizados por McDonald y otros autores muestran que «la recuperación de los costes generado por los servicios municipales supone dificultades enormes para las familias de bajos ingresos, y contribuyen a que se produzca una cantidad enorme de cortes en el suministro de los servicios y de desahucios, bloqueando la posibilidad de llevar una vida sana y productiva a millones de familias de bajos ingresos»[15].

La misma lógica provocó en Argentina una oleada descomunal de privatizaciones (agua, energía, telecomunicaciones, transportes) que dieron lugar a un enorme flujo de capital sobreacumulado y a un *boom* sustancial del valor de los títulos, seguido por un empobrecimiento masivo (que ahora alcanza a más de la mitad de la población) cuando el capital huyó hacia otros lugares. Otro ejemplo es el de los derechos de propiedad sobre la tierra en México. La constitución de 1917 protegía desde la Revolución Mexicana los derechos legales de los indígenas y los consagraba en el sistema de ejidos, que reconocía la propiedad y el uso colectivos de la tierra. En 1991 el gobierno de Salinas aprobó una ley de reforma que permitía y alentaba la privatización de las tierras del ejido. Dado que éste proporcionaba la base para la seguridad colectiva de los grupos indígenas, el gobierno estaba abandonando su responsabilidad en el mantenimiento de esa seguridad. Además, ése sólo fue uno de los asuntos incluidos en el paquete general de privatizaciones emprendidas por el gobierno de Salinas, que desmantelaron las protecciones de seguridad social y tuvieron un efecto previsible y dramático sobre la distribución de los ingresos y la riqueza[16]. La resistencia frente a la reforma del ejido fue muy amplia, y los grupos campesinos más radicales acabaron apoyando la rebelión zapatista que estalló en Chiapas en enero de 1994, el mismo día en que debía entrar en vigor el ALCAN. La subsiguiente rebaja de las barreras aduaneras supuso un nuevo golpe cuando importaciones baratas provenientes de las grandes empresas agrícolas estadounidenses, eficientes pero también muy subvencionadas (hasta el 20 por 100 del coste), hicieron bajar el precio del maíz y otros productos hasta un nivel en el que los pequeños productores agrícolas no podían competir. Amenazados por el hambre, muchos de esos campesinos se vieron obligados a dejar sus tierras para engrosar la legión de desempleados que abarrota las ciudades. En muchos otros lugares del mundo se han experimentado efectos similares en la población rural; por ejemplo, las importaciones baratas

---

[15] D. MCDONALD y J. PAPE, *Cost Recovery and the Crisis of Service Delivery in South Africa*, Londres, Zed Books, 2002, p. 162.

[16] J. NASH, *Mayan Visions: The Quest for Autonomy in an Age of Globalization*, Nueva York, Routledge, 2001, pp. 81-84.

de hortalizas procedentes de California y de arroz de Luisiana, acogidas a las reglas de la OMC, están desplazando a la población rural en Japón y en Taiwan; la competencia exterior reguladas por esas mismas reglas está devastando igualmente la vida rural en la India. Como explica A. Roy, «la economía rural de la India, que mantiene a 700 millones de personas, se está viendo bloqueada. Los agricultores que producen demasiado no pueden venderlo, los que producen demasiado poco no cubren sus gastos y los labradores sin tierra se quedan sin trabajo cuando las grandes fincas y empresas despiden a sus trabajadores. Todos huyen hacia las ciudades en busca de empleo»[17]. En China se estima que más de 500 millones de personas tendrán que ser absorbidas por las ciudades durante los próximos diez años si se quiere evitar la agitación campesina y los disturbios. No está claro qué destino les espera allí, aunque los vastos planes infraestructurales emprendidos podrían atenuar en cierta medida la conflictividad social.

La privatización, concluye Roy, consiste esencialmente en «la transferencia de activos públicos productivos a empresas privadas. Entre estos activos productivos se encuentran los recursos naturales: tierra, bosques, agua, aire. Éstos son activos que el Estado posee en nombre del pueblo al que representa [...]. Arrebatárselos para venderlos a empresas privadas representa un proceso de desposesión bárbaro, a una escala sin precedentes en la historia»[18].

Es obvio que la rebelión zapatista en Chiapas tuvo mucho que ver con la protección de los derechos indígenas, y también que el detonante de ese movimiento fue la conjunción de las iniciativas privatizadoras de las tierras comunales con la apertura al libre comercio mediante el ALCAN. Lo que plantea el problema general de la resistencia frente a la acumulación por desposesión.

LUCHAS CONTRA LA ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

La acumulación primitiva, tal como la describió Marx, supuso toda una serie intermitente de luchas violentas. El nacimiento del capital no fue un proceso pacífico; quedó escrito en la historia del mundo, como decía Marx, «con letras de sangre y fuego». Christopher Hill presenta en *The World Turned Upside Down* un informe detallado de cómo se desarrollaron esas luchas en Gran Bretaña durante el siglo XVII, cuando las fuerzas y el poder de los propietarios privados y de los terratenientes chocaron repetidamente con múltiples y diversos movimientos populares que combatían el capitalismo y la privatización apuntando a formas radicalmente diferentes de organización social y comunal[19]. También en nuestra época la acumulación por desposesión ha pro-

---

[17] A. Roy, *Power Politics*, Cambridge (Mass), South End Press, 2001, p. 16.

[18] *Ibid.*, p. 43.

[19] Ch. Hill, *The World Turned Upside Down*, Harmondsworth, Penguin, 1984.

vocado luchas políticas y sociales y vastas oleadas de resistencia, muchas de las cuales constituyen en la actualidad el núcleo del amplio y diverso movimiento antiglobalización –o por una globalización alternativa–, que todavía se halla en periodo de constitución. El hervidero de ideas alternativas en ese movimiento iguala la abundancia de planteamientos diversos durante otras fases históricas de alteración de la forma de vida y las relaciones sociales (como en 1640-1680 en Gran Bretaña o en 1830-1848 en Francia); su insistencia en la «reclamación de los bienes comunales» indica, además, la profunda continuidad con luchas de hace mucho tiempo.

Estas luchas también plantean, sin embargo, serias dificultades de interpretación y análisis. No se puede hacer una tortilla sin cascar los huevos, dice el viejo adagio, y el nacimiento del capitalismo supuso encarnizados episodios, con frecuencia violentos, de destrucción creativa. Aunque la violencia de clase fuera ingrata, tenía un efecto positivo: abolir las relaciones feudales, liberar energías creativas, abrir la sociedad a fuertes corrientes de cambio tecnológico y organizativo y superar la superstición y la ignorancia para sustituirlas por una actividad científica capaz de liberar a la gente de la penuria y las necesidades materiales. En ese sentido se puede decir que la acumulación primitiva fue una etapa desagradable pero necesaria que tenía que atravesar el orden social para llegar a una situación en la que fuera posible el capitalismo y un socialismo alternativo. Marx (a diferencia de los anarquistas como Reclús y Kropotkin o de los seguidores de la variante socialista de William Morris) atribuía poco valor, si es que alguno, a las formas sociales destruidas por la acumulación primitiva. Tampoco pretendió una perpetuación del *statu quo* y mucho menos un regreso a las relaciones sociales y de producción precapitalistas. En su opinión había algo progresista en el desarrollo capitalista e incluso en el imperialismo británico en la India (planteamiento que no suscitaba mucho respeto entre los movimientos antiimperialistas del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, como mostró la gélida recepción a la obra de Bill Warren sobre el imperialismo como pionero del capitalismo)[20].

Se trata de una cuestión de importancia decisiva para la evaluación política de las prácticas imperialistas contemporáneas. Aunque el nivel de explotación de la fuerza de trabajo en los países en vías de desarrollo es indudablemente alto y pueden detectarse abundantes casos de prácticas abusivas, los estudios etnográficos de las transformaciones sociales provocadas en muchos lugares por la inversión directa extranjera, el desarrollo industrial y los sistemas de producción a distancia nos cuentan una historia más complicada. En algunos casos la situación de las mujeres, que aportan una proporción mayoritaria de la fuerza de trabajo, ha cambiado, por no decir mejorado, significativa-

[20] En cuanto a las opiniones de Marx sobre la dominación británica de la India, véase la recopilación de K. MARX y F. ENGELS, *On Colonialism*, Nueva York, International Publishers, 1972 y B. WARREN, *Imperialism: Pioneer of Capitalism*, Londres, Verso, 1981.

mente. Frente a la opción entre incorporarse al trabajo industrial o regresar a la pobreza rural, muchos de los nuevos proletarios parecen expresar una fuerte preferencia por la primera alternativa. En otros casos han conseguido el suficiente poder de clase como para obtener mejoras reales en el nivel de vida con respecto a la pobreza en que vivían anteriormente en las zonas rurales. Cabe también discutir, por ejemplo, qué fue más perjudicial para Indonesia, si el impacto de la rápida industrialización capitalista durante las décadas de los ochenta y los noventa sobre las condiciones de vida o la devaluación y desindustrialización originada por la crisis financiera de 1997-1998, que destruyó gran parte de lo que la industrialización había conseguido. ¿Cuál es entonces el problema más serio de la economía indonesia, la importación e inserción de la acumulación de capital mediante la reproducción ampliada o la desarticulación de esa actividad mediante la acumulación por desposesión? Aunque es obviamente cierto que esta última es un corolario lógico de la primera, y que la tragedia real consiste en convertir (a veces por la fuerza) a la población en proletariado, para despedirla luego como fuerza de trabajo superflua, también creo que la segunda fase hizo más daño que la primera a las aspiraciones, posibilidades y esperanzas a largo plazo de la población empobrecida. De lo que se deduce que la acumulación primitiva que abre una vía a la reproducción ampliada es una cosa y la acumulación por desposesión que interrumpe y destruye una vía ya abierta es otra muy distinta.

La idea de que la acumulación primitiva puede ser una condición necesaria para cambios más positivos plantea toda la cuestión de la política de desposesión bajo el socialismo. En la tradición revolucionaria marxista/comunista se solía considerar necesario organizar algo parecido a la acumulación primitiva a fin de poner en práctica programas de modernización en los países que no habían atravesado todavía las etapas iniciales del desarrollo capitalista. Esto implicaba a veces altos niveles de violencia, como los que acompañaron a la colectivización forzosa de la agricultura (la eliminación de los *kulaks*) en la Unión Soviética o en China y Europa oriental. Estos planteamientos no tuvieron mucho éxito y suscitaron una resistencia política que en algunos casos fue aplastada despiadadamente, y en otros semejantes crearon nuevas dificultades allí donde se intentaron poner en práctica, como atestiguan los enfrentamientos de los sandinistas con los indios misquitos en la costa atlántica de Nicaragua, que pretendiendo fomentar el desarrollo socialista de la región crearon un caballo de Troya aprovechado por la CIA para organizar la exitosa ofensiva de la Contra.

Así pues, aunque las luchas contra la acumulación primitiva pueden hacer que germine la semilla del descontento y posibilitar el brote de movimientos insurgentes, en particular campesinos, lo que la política socialista pretendía no era proteger el orden antiguo, sino atacar directamente las relaciones de clase y formas de poder estatales que pretendían transformar, tratando de promover una configuración totalmente diferente de unas y otras. Esta idea constituía el eje central de muchos de los movimientos revo-

lucionarios que proliferaron en los países subdesarrollados después de la Segunda Guerra Mundial. Luchaban contra el imperialismo capitalista, pero lo hacían en nombre de una modernidad alternativa más que en defensa de la tradición, lo cual les llevó a menudo a enfrentarse con quienes pretendían proteger o a revitalizar los sistemas de producción, normas culturales y relaciones sociales tradicionales.

A los movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión no les complacía necesariamente verse cooptados por el desarrollismo socialista. El desigual balance de la alternativa socialista (los tempranos logros de Cuba en campos como la sanidad, educación y agricultura, inicialmente ejemplares, acabaron debilitándose) y el clima represivo derivado de la política de la Guerra Fría dificultaron cada vez más a la izquierda tradicional su pretensión de liderar esos movimientos sociales, llevándola en algunos casos a intentar dominarlos por la fuerza.

Los movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión emprendieron por lo general una vía política propia, en algunos casos muy hostil a la política socialista. Esto se debió en ocasiones a razones ideológicas, pero en otros casos se trató simplemente de razones pragmáticas y organizativas derivadas de la propia naturaleza de esas luchas. Ante todo, su diversidad era y sigue siendo asombrosa. Es difícil siquiera imaginar relaciones entre ellas: la lucha del pueblo ogoni contra la degradación de sus tierras por la Shell Oil; las movilizaciones contra la construcción de presas en la India y América Latina respaldada por el Banco Mundial; los movimientos campesinos contra la biopiratería; la brega contra los alimentos genéticamente modificados y por la preservación de los sistemas de producción locales; los intentos de salvaguardar las reservas forestales para las poblaciones indígenas frente a las actividades de las compañías madereras; las batallas políticas contra la privatización; los movimientos por los derechos laborales o de las mujeres en los países subdesarrollados; las campañas para proteger la biodiversidad y evitar la destrucción del habitat; las movilizaciones campesinas por el acceso a la tierra; las protestas contra la construcción de autopistas y aeropuertos; las miles de manifestaciones contra los programas de austeridad impuestos por el FMI: todas estas luchas formaban parte de una combinación heterogénea de movimientos de protesta que recorrieron el mundo y merecieron grandes titulares durante y después de la década de los ochenta[21]. Estos movimientos y revueltas fueron casi siempre aplastados con feroz violencia por poderes estatales que invocaban «el orden y la estabilidad». Algunos Estados clientes, apoyados militarmente o con fuerzas especiales entrenadas por los principales aparatos militares (sobre todo el estadounidense, con el británico y el francés en un papel secundario), llevaron la iniciativa en la despiadada represión destinada a liquidar a los activistas que se oponían a la acumulación por desposesión.

---

[21] B. K. GILLS (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, Nueva York, Palgrave, 2001, es una excelente recopilación que refleja esa diversidad.

A ese complicado panorama hay que añadir la extraordinaria proliferación de ONG internacionales, sobre todo a partir de la década de los setenta, dedicadas en su mayoría a una sola cuestión política (el medio ambiente, el *status* de las mujeres, los derechos civiles, los derechos laborales, la eliminación de la pobreza, etc.). Aunque algunas de esas ONG provenían de tradiciones religiosas y humanistas de Occidente, otras se crearon con la finalidad aparente de combatir la pobreza, pero fueron financiadas por grupos cuyo objetivo consistía en promover la economía de mercado. Es difícil no sentirse abrumado por la amplitud y diversidad de sus objetivos. Una activista como A. Roy lo explica así: «Lo que está sucediendo en nuestro mundo es casi demasiado colosal para que la comprensión humana lo abarque, pero es una cosa terrible. Contemplarlo en toda su amplitud, intentar definirlo, tratar de combatirlo todo a la vez es imposible. La única forma de luchar es mediante batallas específicas con formas específicas»[22].

Pero esos movimientos no sólo son incipientes, sino que a menudo muestran contradicciones internas, como cuando las poblaciones indígenas reclaman su derecho a determinadas áreas en torno a las cuales los grupos ecologistas consideran que hay que erigir una barrera con el fin de proteger la biodiversidad y evitar la destrucción del hábitat. Y debido en parte a las situaciones particulares que dieron lugar a tales movimientos, su orientación política y su forma de organización también difieren notablemente de las que solían caracterizar a los que se formaron en torno a la reproducción ampliada. La rebelión zapatista, por ejemplo, no pretendía conquistar el poder del Estado ni llevar a cabo una revolución política, sino que defendía, por el contrario, una política más inclusiva que involucrara al conjunto de la sociedad civil y generara una búsqueda más abierta y fluida de alternativas que atendieran a las necesidades específicas de diferentes grupos sociales permitiéndoles mejorar su suerte. En lo que se refiere a la organización, tendía a evitar el vanguardismo y se negaba a asumir la forma de partido político. Prefería, por el contrario, permanecer como un movimiento social, intentando formar un bloque de poder político en el que las culturas indígenas fueran centrales y no periféricas. Trataba así de llevar a cabo algo parecido a una revolución pasiva dentro de la lógica territorial del poder dirigida por el aparato estatal mexicano[23].

El efecto conjunto de todos estos movimientos fue un desplazamiento del terreno de la organización política, alejándolo de los partidos políticos tradicionales y de la organización de tipo sindical de los trabajadores, hacia lo que pretendía ser un conjunto de dinámicas políticas de acción social, menos concentradas, que recorrieran la totalidad del espectro de la sociedad civil. Lo que estos movimientos perdían en concentración lo ganaban en términos de relevancia y penetración en la política de la vida cotidiana.

---

[22] A. Roy, *Power Politics*, cit., p. 86.

[23] J. Nash, *Mayan Visions*, cit.; A. MORTON, «Mexico, Neoliberal Restructuring and the EZLN: A Neo-Gramscian Analysis», en B. K. Gills (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, cit., pp. 255-279.

Extraían su fuerza de ese arraigo, pero a menudo les resultaba difícil sobrepasar lo local y particular para abordar la macropolítica de la acumulación por desposesión.

Existe además el peligro de considerar todas las luchas contra la desposesión como «progresistas» por definición o, aún peor, situarlas bajo una bandera homogeneizadora como la de la «multitud» de Hardt y Negri, que se alzará mágicamente algún día para heredar la Tierra[24]. Ahí es, creo, donde reside la dificultad política real. Porque si bien Marx tenía algo de razón al mantener que a veces puede haber algo progresivo en la acumulación primitiva, y en que para hacer una tortilla hay que cascar los huevos, tendremos que hacer frente decididamente a las dificultades reales que atenazan al movimiento antiglobalización o por una globalización alternativa y que amenazan hacer estallar un movimiento que parecía tan lleno de promesas para la lucha anticapitalista y antiimperialista. Trataré de explicar esto con algo más de detalle.

LA DUALIDAD DE LA LUCHA ANTICAPITALISTA Y ANTIIMPERIALISTA

La izquierda marxista/socialista planteaba clásicamente que el proletariado, definido como los trabajadores asalariados privados de acceso a la propiedad de los medios de producción, era el agente clave del cambio histórico. La contradicción principal era la que se da entre capital y trabajo en y en torno al lugar de producción. Los instrumentos organizativos principales de la clase obrera eran los sindicatos y partidos políticos cuyo objetivo consistía en conquistar el poder estatal para regular o sustituir la dominación de clase capitalista. El meollo estaba, pues, en las relaciones y las luchas de clases en el terreno de la acumulación de capital entendida como reproducción ampliada. Todas las demás formas de lucha se consideraban subsidiarias, secundarias o incluso periféricas o irrelevantes. Había, por supuesto, muchos matices y variaciones sobre este tema, pero en lo fundamental prevalecía la opinión de que el proletariado era el único agente de la transformación histórica. Las luchas orientadas por esa prescripción alcanzaron notables frutos durante gran parte del siglo XX, en particular en los países capitalistas avanzados. Aunque no se produjeron transformaciones revolucionarias, el creciente poder de las organizaciones y partidos políticos de la clase obrera consiguió notables mejoras en el nivel de vida material y la institucionalización de un amplio abanico de protecciones sociales. Los Estados del bienestar socialdemócratas que se constituyeron en Europa occidental y Escandinavia podían considerarse, pese a sus problemas y dificultades intrínsecas, como modelos de desarrollo progresista. Y no se habría llegado a esos resultados de no haber sido por una organización proletaria realmente

[24] M. HARDT y A. NEGRI, *Empire*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

resuelta que desplegó su actividad en el marco de la reproducción ampliada en cada Estado-nación. Creo que es importante reconocer la trascendencia de estos logros.

Aunque la firmeza fue eficaz, se pagó con innumerables exclusiones. Los intentos, por ejemplo, de incorporar a la agenda de la izquierda los movimientos sociales urbanos fracasaron en general, excepto, por supuesto, allí donde prevalecía la política comunitaria. La política organizada en torno al puesto de trabajo y la producción dominaba a la del espacio cotidiano. Movimientos sociales como el feminismo y el ecologismo permanecieron fuera del ámbito de la izquierda tradicional, que tendía a ignorar la relación existente entre las luchas domésticas por la mejora social y los desplazamientos externos característicos del imperialismo (lo que facilitó que gran parte del movimiento obrero en los países capitalistas avanzados cayera en la trampa de actuar como aristocracia obrera para preservar sus propios privilegios, apoyando el imperialismo si era preciso). Las luchas contra la acumulación por desposesión se consideraban irrelevantes. Esa concentración tan firme de gran parte de la izquierda marxista o comunista en las luchas proletarias excluyendo todo lo demás fue un error fatal, ya que si ambas formas de lucha están orgánicamente vinculadas dentro de la geografía histórica del capitalismo, la izquierda no sólo estaba perdiendo poder, sino que también estaba paralizando su capacidad analítica y programática al ignorar totalmente una de las dos caras de esta dualidad.

La prolongada dinámica de la lucha de clases tras la crisis de 1973 acabó poniendo a la defensiva al movimiento obrero en todas partes. Aunque el desarrollo de estas luchas fue muy desigual (dependiendo de la capacidad de resistencia), su efecto general fue una disminución de la capacidad de esos movimientos para modificar la trayectoria del desarrollo capitalista global. La rápida expansión de la producción en el este y sureste de Asia tuvo lugar en una región en la que, con la única excepción de Corea del Sur, no existían movimientos sindicales independientes (esto es, no corporativos) o, si existían, eran duramente reprimidos, y los partidos comunistas y socialistas estaban proscritos (el caso más brutal fue el baño de sangre en Indonesia en 1965, cuando Suharto derrocó a Sukarno y cerca de un millón de personas resultaron muertas). En otros lugares, tanto en América Latina como en Europa y Norteamérica, la ofensiva del capital financiero, el establecimiento de un comercio más libre y el disciplinamiento del Estado por los flujos que atraviesan las fronteras en los mercados de capital liberalizados restaron validez y eficacia a las formas tradicionales de organización de los trabajadores. Los movimientos revolucionarios e incluso reformistas (como en Chile con Allende) fueron violentamente reprimidos por la fuerza militar.

Pero las grandes dificultades para mantener la reproducción ampliada generaban también una dedicación mucho mayor a la acumulación por desposesión. Las formas de organización desarrolladas para combatir la primera no resultaban tan eficaces cuando se trataba de enfrentarse a la última. Generalizando crudamente, las formas de organización política de la izquierda instituidas durante el periodo 1945-1973, cuando preva-

lecía la reproducción ampliada, eran inapropiadas para el periodo posterior a 1973, cuando la acumulación por desposesión pasó al primer plano como contradicción principal en la organización imperialista de la acumulación de capital.

De ahí ha surgido un tipo diferente de resistencia, provista en definitiva de un tipo de visión alternativa diferente de la del socialismo o el comunismo. Esta distinción fue pronto reconocida, por ejemplo por Samir Amin, en concreto con respecto a las luchas en lo que él denominaba zonas periféricas del capitalismo:

> El desarrollo desigual propio de la expansión capitalista ha situado en la agenda de la historia otro tipo de revolución, la de los pueblos (esto es, no clases específicas) de la periferia. Esta revolución es anticapitalista en el sentido de que se enfrenta al desarrollo capitalista realmente existente porque resulta insoportable para esos pueblos; pero eso no significa que tales revoluciones anticapitalistas sean socialistas [...]. Por la fuerza de las circunstancias, su naturaleza es compleja. La expresión de sus contradicciones, específicas y nuevas, no imaginadas en la perspectiva clásica de la transición socialista concebida por Marx, proporciona a los regímenes poscapitalistas su contenido real, que es el de una construcción nacional popular en la que se combinan y contraponen tres tendencias: socialismo, capitalismo y estatismo.

Desgraciadamente, proseguía Amin, muchos movimientos actuales

> se alimentan de la rebelión popular espontánea contra las inaceptables condiciones creadas por el capitalismo periférico; hasta ahora, sin embargo, no han llegado a plantear consecuentemente una doble revolución en la que se aúnen la modernización y la liberación popular; por consiguiente, su dimensión fundamental, que se nutre de mitos retrospectivos, sigue expresándose en un lenguaje en el que la preocupación metafísica domina el conjunto de la concepción social[25].

Aunque no creo que la acumulación por desposesión se dé exclusivamente en la periferia, es cierto que algunas de sus manifestaciones más atroces e inhumanas se producen en las regiones más vulnerables y degradadas del desarrollo geográfico desigual.

Las luchas en torno a la desposesión se verifican, sin embargo, en escalas muy variadas. Muchas son locales, otras regionales y también las hay globales, de forma que el papel del aparato estatal (objetivo primordial de los movimientos socialistas y comunistas tradicionales) parece cada vez menos relevante. Esta evolución, junto a la cre-

---

[25] S. AMIN, «Social Movements at the Periphery», en P. WIGNARAJA (ed.), *New Social Movements in the South: Empowering the People*, Londres, Zed Books, 1993, p. 95. Esa recopilación contiene varios artículos con perspicaces reflexiones sobre estos temas.

ciente desilusión con respecto a lo que el desarrollismo socialista ha sido capaz de lograr, hace aún más urgente la búsqueda de una política alternativa. Los objetivos de tales luchas son también difusos, como señala Amin, dadas las formas fragmentarias y contingentes que adopta la acumulación por desposesión. Destrucción del hábitat aquí, privatización de los servicios allá, desposesión de la tierra acullá, biopiratería en este u otro lugar: cada una de estas iniciativas genera su propia dinámica. La tendencia apunta, pues, a buscar formas organizativas *ad hoc* y más flexibles que puedan construirse en la sociedad civil para responder a tales luchas. Todo el campo de la lucha anticapitalista, antiimperialista y antiglobalización se ha visto así reconfigurado, y se ha puesto en movimiento una dinámica política muy diferente de la tradicional.

Para muchos analistas, estos nuevos movimientos con sus cualidades especiales merecen el calificativo de «posmodernos», y así es como se ha caracterizado a menudo la rebelión zapatista. Aunque las descripciones de tales movimientos eran sin duda adecuadas, el calificativo «posmoderno» no era muy afortunado. Puede parecer estúpido pelear por una palabra, pero las connotaciones sustantivas son importantes. Existe, ante todo, cierta dificultad que surge del historicismo y de la periodización inherente al uso del prefijo «pos». En la geografía histórica del capitalismo ha habido, como ya he indicado, muchos episodios de acumulación primitiva y de acumulación por desposesión. El estudio de Eric Wolf sobre *Las guerras campesinas del siglo XX* sitúa tales luchas en una perspectiva comparada sin recurrir en ningún momento a la idea de posmodernidad. Es sorprendente, por lo tanto, que June Nash, cuyas descripciones del cambiante estado de cosas en Chiapas constituyen un documento ejemplar, se muestre de acuerdo con el calificativo «posmoderno» para lo que los zapatistas son y representan, cuando seguramente es más sensato encuadrarlo en el trasfondo de una larga tradición de lucha de las poblaciones indígenas y campesinas contra las incursiones del imperialismo capitalista y la constante amenaza de desposesión de cualesquiera bienes que posean mediante acciones dirigidas por el Estado. En el caso de los zapatistas, creo que es particularmente importante que la lucha surgiera primeramente en los bosques de las tierras bajas, donde los elementos indígenas desplazados establecieron una alianza con los *mestizos** basada en su parecido empobrecimiento y su exclusión sistemática de cualquiera de los beneficios derivados de la extracción de recursos (ante todo, petróleo y madera) de la región que habitaban. La subsiguiente presentación de este movimiento como algo que sólo afectaba a «pueblos indígenas» pudo tener más que ver con la pretensión de legitimidad en relación con la disposición de la Constitución mexicana que protege los derechos indígenas que con una descripción real del origen de sus componentes[26].

---

* En castellano en el original [N. del T.]

[26] E. WOLF, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York, HarperCollins, 1969 [ed. cast.: *Las guerras campesinas del siglo XX*, México DF, Siglo XXI, 1972]; J. Nash, *Mayan Visions*, cit.; A. Morton, «Mexico, Neoliberal Restructuring and the EZLN», cit.

Pero del mismo modo que la desatención hacia el «vínculo orgánico» entre la acumulación por desposesión y la reproducción ampliada debilitó y limitó la visión de la izquierda tradicional, el recurso a la idea de luchas posmodernas tiene el mismo efecto sobre los movimientos recientemente surgidos contra la acumulación por desposesión. Dentro del movimiento antiglobalización es ya muy evidente la hostilidad entre dos estilos de pensamiento y de organización. Toda un ala considera la lucha por el control del aparato estatal no sólo como irrelevante, sino como una desviación ilusoria. La respuesta reside, según dicen, en la «localización» de todo[27]. Esta ala tiende parecidamente a menospreciar el movimiento sindical como una forma estrechamente moderna, reaccionaria y opresiva de organización, que debe ser sustituida por formas de movimiento social posmodernas, más fluidas y abiertas. El incipiente movimiento sindical en Indonesia y Tailandia, por poner un ejemplo, que lucha exactamente contra las mismas fuerzas opresivas neoliberales que los zapatistas, aunque en circunstancias muy distintas y desde una base social y cultural muy diferente, se ve excluido. Como contrapartida, muchos socialistas tradicionales juzgan ingenuos y autodestructivos los nuevos movimientos, como si no hubiera nada interesante que aprender de ellos. Fracturas de ese tipo son disgregadoras, como indican algunos de los debates en el reciente Foro Social Mundial de Porto Alegre. El acceso al poder en Brasil del Partido de los Trabajadores, que cuenta obviamente con una base «obrerista» y trata de obtener apoyos empleando los medios tradicionales de la izquierda, hace el debate al mismo tiempo más ruidoso y más urgente.

Pero las diferencias no se pueden enterrar tampoco bajo un concepto nebuloso de «multitud» en marcha. Hay que afrontarlas política y analíticamente. En este aspecto, la formulación de Luxemburg me parece de mucha ayuda. La acumulación de capital tiene en efecto un carácter dual. Pero los dos aspectos de la reproducción ampliada y la acumulación por desposesión están vinculados orgánicamente, entrelazados dialécticamente. De ahí se sigue que las luchas en el campo de la reproducción ampliada (sobre las que ponía tanto énfasis la izquierda tradicional) deben contemplarse en relación dialéctica con las luchas contra la acumulación por desposesión en las que se concentran primordialmente los movimientos sociales contra la globalización o por una globalización alternativa. Si en el periodo actual se ha producido un desplazamiento de la acumulación mediante la reproducción ampliada a la acumulación por desposesión, y si esta última constituye el núcleo de las prácticas imperialistas, es lógico que el movimiento antiglobalización o por una globalización alternativa la sitúe como la contradicción principal que ha de ser combatida. Pero nunca debería hacerlo ignorando la relación dialéctica existente con las luchas que se libran en el terreno de la reproducción ampliada.

---

[27] Una versión particularmente estricta de esa concepción es la de C. HINES, *Localization: A Global Manifesto*, Londres, Earthscan, 2000. Véase también P. Wignaraja (ed.), *New Social Movements in the South*, cit.

También se plantea el problema de que no todas las luchas contra la desposesión son igualmente progresistas. Considérese, por ejemplo, el movimiento de la «milicia» en Estados Unidos o las campañas contra la inmigración en enclaves étnicos que combaten las incursiones «extranjeras» en lo que consideran derechos antiguos y venerables de propiedad de la tierra. Existe el peligro de que la nostalgia por lo que se ha perdido sustituya a la búsqueda de vías para satisfacer las necesidades materiales de las poblaciones empobrecidas y reprimidas; de que una política localista excluyente obstaculice la construcción de una globalización alternativa a distintas escalas geográficas; de que se plantee como solución, en un mundo que ha cambiado, el regreso a viejos modelos de relaciones sociales y sistemas de producción. No parece haber respuestas sencillas a tales cuestiones.

Aun así, con frecuencia es relativamente fácil alcanzar cierta reconciliación. Consideremos, por ejemplo, los argumentos de A. Roy contra las gigantescas inversiones en la construcción de una presa en el valle de Narmada en la India[28]. Roy no está en contra del suministro de electricidad a la población rural empobrecida; ella no comparte una perspectiva antimoderna. Sus argumentos contra la presa son: *a)* la electricidad es cara, comparada con otras formas de energía, mientras que los beneficios agrícolas (raramente evaluados) de la irrigación parecen ser mínimos; *b)* los costes ambientales parecen ser enormes (tampoco se ha intentado estudiarlos, ni mucho menos evaluarlos); *c)* la gran cantidad de dinero invertido en el proyecto beneficia a una pequeña elite de consultores, ingenieros, empresas de la construcción, fabricantes de turbinas, etc. (muchos de los cuales son extranjeros, incluida la infame Enron), y ese dinero se podría gastar mejor en otros lugares; *d)* todo el riesgo corre a cargo del Estado, ya que a las empresas participantes se les garantizan sus ganancias y *e)* los cientos de miles de personas desplazadas de sus tierras, su historia y su forma de vida son en su mayoría indígenas o parias (*dalit*) que no reciben ninguna compensación ni beneficio del proyecto. No fueron ni siquiera consultadas ni informadas, y acabaron con sus aldeas inundadas y el agua hasta la cintura cuando el gobierno llenó de repente la presa durante la estación de los monzones. Aunque se trata, evidentemente, de una batalla específica en un lugar particular, que había que afrontar de forma específica, su carácter de clase genérico es bastante claro, como lo es el «bárbaro» proceso de expulsión[29]. Que más de 30 millones de personas hayan sido desplazadas por proyectos similares en la India durante los últimos cincuenta años confirma tanto la amplitud como la brutalidad del proceso. Pero la reconciliación depende decisivamente de reconocer el papel político fundamental de la acumulación por desposesión como eje de la lucha de clases y de entenderla así.

---

[28] Sobre la lucha contra la construcción de la megapresa en el valle de Narmada, véase la entrevista efectuada a la activista Chittaroopa PALIT contenida en el artículo «Rebelión monzónica», *New Left Review* 21 (julio-agosto de 2003), Madrid, Ediciones Akal, pp. 143-162 [N. del T.].

[29] A. Roy, *Power Politics*, cit.

En mi opinión, para que los movimientos políticos puedan tener un efecto significativo a largo plazo, deben dejar a un lado la nostalgia por lo que se ha perdido y estar dispuestos a reconocer el aspecto positivo de las transferencias de bienes que se pueden conseguir mediante formas limitadas de desposesión (por ejemplo, la reforma agraria o nuevas estructuras para la toma de decisiones, como en la gestión conjunta de las reservas forestales). Asimismo deben tratar de distinguir entre los aspectos progresivos y regresivos de la acumulación por desposesión y tratar de orientar los primeros hacia un objetivo político más genérico y con mayor validez universal que muchos movimientos locales que a menudo se niegan a renunciar a sus propias peculiaridades. Para conseguirlo, sin embargo, deben encontrar vías para conceder la importancia que se merecen a las múltiples identidades (de clase, género, territorio, cultura, etc.) que existen en el seno de las poblaciones, a las huellas de la historia y de la tradición que han dejado sus enfrentamientos con las incursiones capitalistas, a la imagen de sí mismas como seres sociales con cualidades y aspiraciones propias y con frecuencia contradictorias. De otro modo existe el peligro de volver a caer en los planteamientos parciales e insuficientes de Marx con respecto a la acumulación primitiva y de ignorar el potencial creativo que existe en las relaciones sociales y sistemas de producción que algunos denominan despectivamente «tradicionales» o «precapitalistas». Se debe encontrar alguna vía, tanto teórica como política, para ir más allá del concepto amorfo de «multitud» sin caer en la trampa de «mi comunidad, territorio o grupo social, con razón o sin ella». Por encima de todo hay que promover asiduamente la conexión entre las luchas en torno a la reproducción ampliada y contra la acumulación por desposesión. Por fortuna se ha establecido ya claramente una relación entre ambos tipos de lucha al situar, como tenía que ser, a las instituciones financieras y comerciales respaldadas por los poderes estatales (y muy en particular al FMI y la OMC) como blanco principal de los movimientos de protesta. Con un reconocimiento tan claro del núcleo del problema político, debería ser posible avanzar hacia una política más amplia de destrucción creativa movilizada contra el régimen dominante del imperialismo neoliberal impuesto al mundo por las potencias capitalistas hegemónicas.

EL IMPERIALISMO COMO ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

Cuando Joseph Chamberlain condujo a Gran Bretaña a la Guerra de los Bóers tras la anexión del Witwatersrand a comienzos del siglo XX, estaba claro que la motivación principal eran las reservas de oro y diamantes. Sin embargo, como vimos anteriormente, su conversión a una lógica imperialista nació de la incapacidad para encontrar ninguna solución al problema crónico de la sobreacumulación de capital en la propia Gran Bretaña. Esta incapacidad derivaba de la estructura de clases interna, que bloqueaba

cualquier aplicación a gran escala del capital excedente a la reforma social y las inversiones infraestructurales en el propio país. La decisión del gobierno de Bush de intervenir militarmente en Oriente Próximo proviene, de modo parecido, de la pretensión de establecer un control más firme sobre las reservas de petróleo. La necesidad de ejercer ese control ha ido creciendo desde que el presidente Carter manifestó por primera vez que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar sus medios militares para asegurar el flujo ininterrumpido del petróleo de Oriente Próximo hacia la economía global. Dado que las recesiones en ésta están relacionadas con las subidas del precio del petróleo, una fuerte reducción del mismo se puede entender como una táctica para tratar de resolver los problemas crónicos de sobreacumulación que se vienen manifestando durante las últimas tres décadas. Como ocurrió en Gran Bretaña a finales del siglo XIX, el bloqueo de la reforma interna y de las inversiones infraestructurales, debido a la configuración de los intereses de clase durante estos últimos años, ha desempeñado también un papel decisivo en la orientación de la política estadounidense hacia un imperialismo cada vez más resuelto. Cabe entonces considerar la invasión estadounidense de Iraq como algo equiparable a la zambullida británica en la Guerra de los Bóers, que ocurre en ambos casos al iniciarse el fin de su hegemonía.

Pero las intervenciones militares no son más que la punta del iceberg imperialista. El poder del Estado hegemónico sirve típicamente para asegurar y promover los dispositivos institucionales externos e internacionales que hacen funcionar las asimetrías en las relaciones de intercambio en beneficio de la potencia hegemónica. Así es como se extrae efectivamente el tributo del resto del mundo. El libre comercio y los mercados de capital abiertos se han convertido en medios primordiales para primar a los poderes monopolistas basados en los países capitalistas avanzados que ya dominan el comercio, la producción, los servicios y las finanzas en el mundo capitalista. El vehículo primordial para la acumulación por desposesión ha sido la apertura por la fuerza de los mercados de todo el mundo mediante presiones institucionales ejercidas a través del FMI y la OMC, a la que se sumaba la capacidad de Estados Unidos (y en menor medida de la Unión Europea) para negar el acceso a su propio mercado a los países que se nieguen a desmantelar sus barreras protectoras.

Sin embargo, nada de esto habría alcanzado la importancia que tiene actualmente si no hubieran surgido problemas crónicos de sobreacumulación de capital en la reproducción ampliada, agravados por la negativa política a intentar cualquier solución mediante una reforma interna. La importancia que ha cobrado la acumulación por desposesión como respuesta a esos problemas de sobreacumulación, mediante la aplicación de una política en el ámbito internacional de neoliberalismo y privatización, se corresponde en el terreno internacional con periódicas devaluaciones depredadoras de activos en un lugar u otro. Y éste parece ser el núcleo de las prácticas imperialistas en la actualidad. En resumen, la burguesía estadounidense ha redescubierto lo que ya descu-

brió la burguesía británica durante las últimas tres décadas del siglo XIX, esto es, como decía Arendt, que «el pecado original del simple robo, que siglos atrás había hecho posible "la acumulación original de capital" [...], tenía que repetirse de nuevo para evitar que el motor de la acumulación se acabara parando»[30]. Si es así, el «nuevo imperialismo» no es ni más ni menos que una reedición del antiguo, aunque en un lugar y momento diferentes. Queda por evaluar si ésta es o no una conceptualización adecuada de la cuestión.

[30] H. Arendt, *Imperialism*, cit., p. 28.